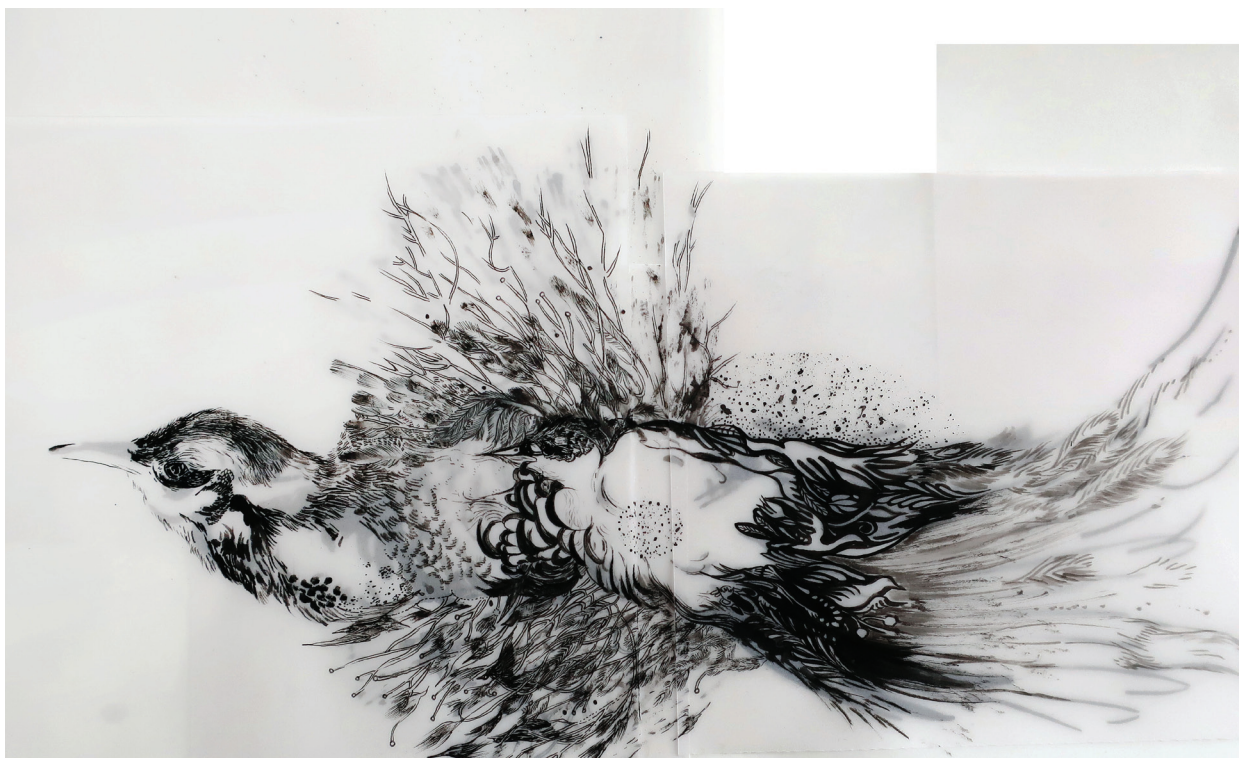


Mi vida en Paumanok, de niño y de adolescente

Walt Whitman



Laura Montoya. De la serie *Plancton*. Collage, tinta sobre multicapas de papel. 80 x 110 cm. 2017

4

Paumanok (hay que decirlo por fuerza con su nombre aborigen),¹ es un lugar digno de investigación, si no en su totalidad, sí al menos en sus partes más notables. Se extiende al este, atravesando Queens, Kings y Suffolk, un total de 120 millas, en la bahía norteña de Long Island, que se abre a una hermosa serie de islotes, istmos y extensiones marinas tan variadas como pintorescas, por cien millas, hasta la punta oriental.

De lado del océano, la gran bahía sureña, punteada de infinitas lomas, pequeñas en gran parte, bastante grandes las menos, ofreciendo aquí y allá, la bahía, a veces largas barras de arenales de doscientas varas y hasta de milla y media desde la costa. Salpicones, como en

Rockaway y en el extremo oriental, a lo largo de las tierras de Hamptons, de playas que se internan en la isla para que el mar frecuentemente las cubra sin el más mínimo obstáculo. Los faros que respuntean la costa oriental no han podido evitar una larga sucesión de trágicos naufragios, los últimos en años muy recientes. De niño viví la evocación de esas tragedias, una auténtica tradición popular, y fui testigo, desde tierra, de dos naufragios.

Recuerdo el naufragio del barco *México*, que desapareció de la vista de quienes allí estábamos, en la playa de Hempstead, en 1840 (lo evoco en "Los durmientes", de *Hojas de hierba*); vi también años más tarde, en Hamptons, la tragedia espantosa del bergantín *Elizabeth*,

en una de las peores tempestades de invierno. Allí murieron Margaret Fuller, su esposo y el hijo de ambos.

Entre las barras exteriores o playas, esta bahía sureña resulta de poca profundidad; en los más crudos inviernos se hiela por completo. De niño, solía ir por allí con algunos amigos, llevando mi trineo, un hacha y una flecha, para pescar anguilas. Hacíamos un hoyo en el hielo y a veces conseguíamos llenar de anguilas nuestros canastos, anguilas muy gordas, de carne blanca, dulce y sabrosa.

Aquel paisaje, el hielo, el trineo, hacer los hoyos con el hacha, ensartar las anguilas con la flecha, eran cosas tan divertidas como, lo veo ahora, necesarias experiencias de la niñez. Las cosas de la bahía, el invierno, el verano, cuanto allí gocé en mi niñez y en mi primera juventud, me sirvieron para hilvanar mis *Hojas de hierba*.

Uno de los divertimentos que más me agradaban era el de hacer excursiones por la bahía, en verano, para recolectar huevos de gaviota. Las gaviotas ponen dos o tres huevos, cuyo tamaño es la mitad de los de las gallinas, en la arena; allí dejan que el sol los incube.

El extremo oriental de Long Island no me era menos familiar; sobre todo, la bahía Peconic, de modo que en no pocas ocasiones navegué alrededor de las islas Shelter e incluso hasta las costas de Montauk, por lo que huelga decir que pasé largas horas de contemplación como en éxtasis en la colina Turtle, a los pies del faro que domina la costa, absorbido por el fantástico oleaje del Atlántico que rompe en el cabo. Confraternizaba allí con los pescadores; a veces, recorriendo la península de Montauk (que tiene cerca de 15 millas de magníficos pastos) hablaba con pastores muy rudos, extraños para un hombre de ciudad, sucios e incapaces en no pocas ocasiones de expresarse convenientemente, que vivían aislados, al

margen de la sociedad y hasta de los usos y costumbres civilizados; pastoreaban caballos, vacas y ovejas que eran propiedad de los granjeros de la zona oriental. A menudo me topaba también con los pocos indios, muchos de ellos mestizos, que quedaban en la península de Montauk. Creo que ya no hay ni uno.

Por el centro de la isla se extendían las grandes llanuras de Hempstead, que en aquel tiempo (1830-1840) eran auténticas praderas abiertas, sin vallados, sin casas, preñadas de arbustos mataterneros y de arándanos; abundaban igualmente los pastos, buenos sobre todo para las vacas lecheras: las había a cientos e incluso a miles; ya de noche, podía vérselas volver a sus lejanos establos, desplazándose lentas pero seguras, a favor de querencia, pesadas (aquellas tierras de pastos eran de propiedad compartida por los distintos pueblos de la zona). Aún me parece escuchar el sonido, casi musical, de tan rítmico, de sus cencerros; me gustaba caminar a trechos a la vera de las vacas, cuando caía la noche y las conducían los pastores hasta los establos, mientras respiraba el aire que entonces se me antojaba dulce; aún me parece estar contemplando aquellas puestas de sol, sublimes.

Más hacia el este sobresalían los enormes brochazos con que se pintaban las masas de pinos y de robles. Era allí donde se elaboraba el carbón vegetal para las cocinas de la región. Solía pasearme por aquellos parajes, hacia la mitad del día, errabundo, a lo largo y ancho de aquellas auténticas encrucijadas, cuando no laberintos de árboles, llenándome con el aroma tan exquisito como peculiar que todo lo envolvía. Aquí, de Norte a Sur de la isla, de Este a Oeste, por montes y por playas, corrió —velozmente unas veces, con lentitud suma otras— mucho tiempo de mi vida, en todas las estaciones del año, a lo largo de los años; unas veces, a caballo; otras tantas, a pie, siempre me gustó caminar; en ocasiones, navegando de playa en playa; hice míos, así, los campos, las

playas, los más imperceptibles accidentes del terreno y también los más evidentes y deslumbrantes; conocí a gentes muy distintas entre sí y muy diferentes de las de las ciudades e incluso de las de los pueblos más cercanos; hice grandes amistades con los pescadores, con los granjeros y con los pilotos de los barcos. Me gustaba especialmente navegar en velero. Solía hacerlo, claro, en los veranos; siempre me sobrecogió de gozo, en su contemplación, la desnuda playa del sur en la que tantas y tan largas horas pasé en completa soledad, disfrutando con el transcurrir de muchas de las horas más gratas de mi vida.

A medida que escribo sobre aquello, vuelve a mí, tras largo lapso de cuarenta o más años, toda esa experiencia, el rumor o la fiereza de las olas, el rico aroma del salitre, los ocios de muchacho, cogiendo almejas con los pantalones remangados, descalzo, el agua fresca del arroyo... Y también el perfume de las juncias en la pradera, el heno rebosando los botes y las barcazas, el sabor de la sopa de almejas, la pesca y el bogar en los veleros... Años después, cosa parecida en mis excursiones por la bahía de Nueva York en los barcos de los pilotos. También entonces, cuando viví en Brooklyn (1836-1850), solía ir al menos una vez a la semana a Long Island, sobre todo cuando el tiempo era de bonanza; con la cálida temperatura la costa parecía desnuda, pelada, había poca gente y sentía que aquello era mío en su totalidad. Me bañaba desnudo en el mar y corría después de un extremo a otro de la playa, hundiendo mis pies en la arena densa mientras recitaba a Homero y a Shakespeare, durante horas, para que me oyeran las rompietas y las gaviotas... Pero, acaso vaya con excesiva rapidez; debo volver sobre mis pasos.

Mi primera lectura. Lafayette

Desde 1824 hasta 1828 nuestra familia residió en Brooklyn, en las calles Front, Cranberry y

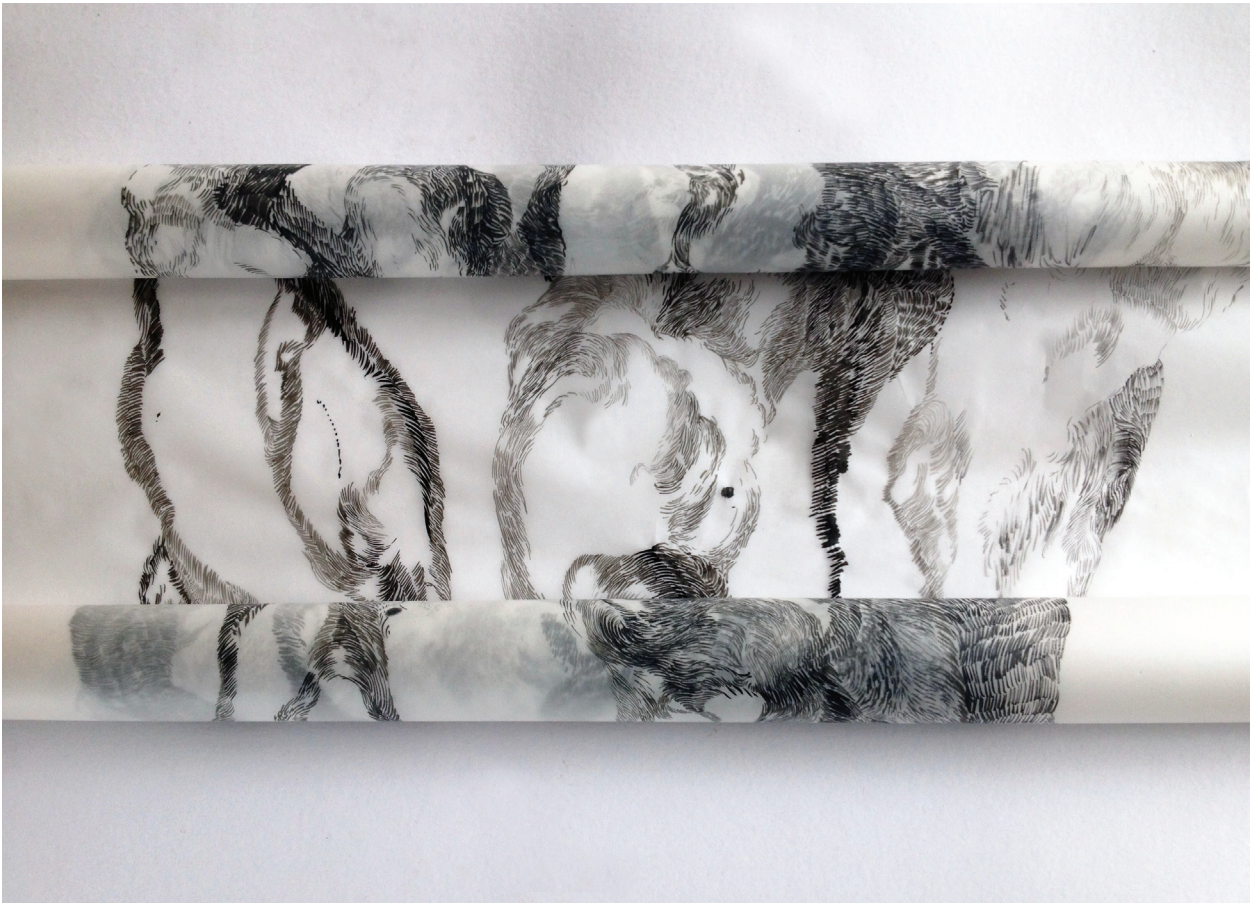
Johnson, sucesivamente. En esta última calle fue donde mi padre levantó una preciosa casa, y posteriormente otra en la calle Tillary. Vivimos en ambas, pero acabamos por perderlas puesto que no había tenido mi padre más remedio que hipotecarlas.

Aún puedo recordar la visita de Lafayette. Fui durante gran parte de mi niñez a escuelas públicas. Sería en 1829 o en 1830 cuando mis padres me llevaron a oír a un predicador, Elías Hicks, en la sala de baile de Brooklyn Heights. Por aquel tiempo me desempeñaba como oficinista en el bufete de abogados de los Clarke, padre y dos hijos, en la calle Fulton, próxima a Orange.

Tenía un excelente escritorio, en un rincón, junto a una de las ventanas. El viejo Edward Clarke me ayudaba a mejorar mi caligrafía día a día y me regaló una suscripción a una biblioteca ambulante, cosa que constituyó el evento más determinante de mi vida hasta entonces. Pasé largas noches desvelado, leyendo novelas, poesía, narraciones de todas las clases y de todas las épocas. Primero, todos los volúmenes de *Las mil y una noches*, empecé a leer las novelas de Walter Scott, una tras otra, y su poesía (una lectura, debo decirlo, con la que aún disfruto en los días del presente).

La imprenta. El viejo Brooklyn

Tras dos años en el bufete de abogados comencé a trabajar en la redacción e imprenta de un semanario para aprender bien el oficio. Era el periódico *Long Island Patriot*, que dirigía S. E. Clements, sin abandonar su puesto de jefe de correos de la zona. Un viejo oficial de imprenta, William Hanshore, todo un revolucionario que había llegado a ver a George Washington, pasó a convertirse en mi mejor amigo de aquel tiempo y hablábamos mucho de hechos ya históricos, de cosas del pasado. Varios aprendices vivíamos en la pensión de su nieta. A veces sa-



Laura Montoya. *Cumulonimbos*. 400 x 80 cm. 2017

lía a pasear a caballo con el jefe, que era muy bondadoso con nosotros, los aprendices. Solía llevarnos los domingos a una antigua iglesia, hecha de piedra sin pulir, como una fortaleza, que se alzaba en la calle Joralemon, cerca de lo que hoy es el Ayuntamiento de Brooklyn (en aquel entonces sólo había allí campos y caminos para carreteros). Pasé un tiempo después a la redacción e imprenta del *Long Island Star*, el diario fundado por Alden Spooner. Mi padre seguía trabajando como carpintero y constructor de casas, con variada fortuna, o con variado infortunio. Éramos ya muchos en la familia, un total de ocho hijos: mi hermano mayor, Jesse; yo, que hacía el segundo; mis hermanas, siempre adoradas, Mary, Hannah y Louisa; mis hermanos pequeños, Andrew, George, Thomas Jefferson, y el más pequeño de todos, el benjamín, Edward, nacido en 1835

y desde sus primeros días enfermo, inválido, como yo mismo, años después.

[...]

Nota del autor

- ¹ Paumanok o Paumanake, o Paumanack, es el nombre indio de Long Island. Hace años, entre los hombres de la bahía, hombres de una raza fuerte y salvaje ya extinguida, o al menos totalmente transformada, todavía se le llamaba a un nativo de Long Island un pa-manacker, o un creole-paumanacker, según lo cuenta John Burroughs.

Fragmento tomado del libro *Días cruciales en América*, traducción de José Luis Moreno-Ruiz, Madrid, Valdemar, 2001, pp. 39 a 48.